

CONFERENCIA
INTERNACIONAL
DE LOS PARTIDOS
COMUNISTAS
Y OBREROS

MOSCU

1969

Editorial PAZ Y SOCIALISMO

PRAGA, 1969

TODOR ZHIVKOW

Primer Secretario del CC del Partido Comunista Búlgaro

Estimados camaradas:

Ante todo quiero transmitir un combativo saludo del Comité Central del Partido Comunista Búlgaro, de todos los comunistas búlgaros, de todo nuestro pueblo, que construye la sociedad socialista. Al saludaros a vosotros, saludamos al movimiento comunista mundial, a nuestros hermanos de clase y de lucha, con quienes nos unen objetivos comunes.

Permitidme también que agradezca de todo corazón al Partido Comunista de la Unión Soviética y a su Comité Central la gran contribución que han hecho a los preparativos de nuestra Conferencia Internacional, las condiciones que han creado para un trabajo fecundo y la cordial atención de que nos vemos todos rodeados en el hospitalario Moscú.

Aprovecho la ocasión para expresar también nuestra gratitud al Partido Obrero Socialista Húngaro, que durante largo tiempo fue cordial anfitrión y creó buenas condiciones para el éxito de la labor en Budapest de los órganos preparatorios de la Conferencia.

El hecho de que en estos días se reúna en Moscú un foro tan representativo del más poderoso movimiento revolucionario de nuestra época tiene ya de por sí trascendencia histórica. Confirma la comunidad de nuestros intereses, fines y lucha. Expresa el afán, cada día mayor, de fortalecer nuestra unidad y cohesión y evidencia elocuentemente la fidelidad de los partidos comunistas y obreros a los inmortales principios del internacionalismo proletario.

Cuando se escuchan en esta sala los discursos de los delegados no se puede menos de sentir emoción y orgullo de pertenecer a la gran familia comunista, no se puede menos de alegrarse del fracaso de quienes han tratado de sembrar la desconfianza y llevarnos a la escisión; no se puede menos de sentirse embargado por la decisión a trabajar y luchar por la cohesión y la unidad de acción de nuestro movimiento, por el triunfo de nuestra causa.

Indudablemente, la Conferencia despertará estos mismos pensamientos y sentimientos en todo comunista e imprimirá un vigoroso impulso a la lucha por la unidad no sólo en las filas de los partidos comunistas representados aquí, sino también en las filas de los partidos comunistas y obreros cuyos representantes no asisten a este histórico encuentro por una u otra razón.

El Comité Central del Partido Comunista Búlgaro, que en 1966, en su IX Congreso, se pronunció ya por la preparación y celebración de esta Conferencia, ha examinado y aprobado en un Pleno especial el proyecto de Documento fundamental de la Conferencia. Consideramos que el proyecto ofrece una apreciación acertada de la época contemporánea y expone con justeza las tareas de la lucha contra el imperialismo y por la unidad de acción de los partidos comunistas y obreros. Nuestra delegación apoya el proyecto de Documento fundamental y los demás documentos propuestos a la Conferencia.

Camaradas:

Hemos escuchado con gran satisfacción los discursos de muchos delegados de los partidos hermanos, que han expresado consideraciones muy valiosas acerca de los más actuales problemas de nuestra época, dando a conocer la interesante experiencia de la vida y las actividades de sus partidos y presentando propuestas importantes de activación de la lucha contra el imperialismo mundial.

Quiero asimismo haceros partícipes de la honda satisfacción que nos ha producido el discurso de Leonid Brézhnev, secretario general del CC del Partido Comunista de la Unión Soviética, que tiene una importancia extraordinaria para nuestro trabajo común, para nuestra estrategia y nuestra táctica en la etapa presente. Estamos de completo acuerdo con el análisis marxista-leninista, hecho en el discurso, de la situación internacional de nuestros días, con las apreciaciones, las conclusiones y las consiguientes tareas del movimiento comunista para fortalecer su cohesión y la unidad de acción en la lucha contra el imperialismo.

Camaradas:

El desarrollo del proceso revolucionario mundial en el último decenio ha obligado al imperialismo a revisar su estrategia y su táctica en todas las esferas de la lucha: en la política, la económica, la militar y la ideológica. El imperialismo se esfuerza obstinadamente por agrupar a los países capitalistas y a las fuerzas reaccionarias del mundo entero en un frente único contra el sistema socialista mundial, contra el movimiento comunista y obrero internacional, contra el movimiento de liberación nacional, contra todas las fuerzas de la democracia, la paz y el progreso.

Hoy, la vida nos exige a los comunistas, más imperiosamente que nunca, oponer a la alianza de los imperialistas el frente unido de la clase obrera, de todas las fuerzas antiimperialistas.

Al determinar su estrategia y su táctica, el movimiento comunista internacional debe tomar en consideración tanto la acrecida agresividad del imperialismo como las crecientes posibilidades de las fuerzas antiimperialistas.

¿Tenemos derecho a subestimar el peligro que dimana de la acrecida agresividad del imperialismo? No; no tenemos tal derecho. Aunque el imperialismo contemporáneo no desempeña ya el papel de factor principal y decisivo en el desarrollo de la humanidad, es todavía un enemigo serio y peligroso, el principal obstáculo en el camino hacia la victoria del socialismo. El imperialismo no es el régimen social del futuro, pero dista aún mucho de haber sido barrido de la vía de la historia.

En la sociedad burguesa contemporánea se observa una serie de fenómenos que atestiguan cierta adaptación de la oligarquía financiera y de la economía capitalista a las nuevas condiciones de lucha de los dos sistemas. Debido, en primer término, a la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado y al desarrollo de la revolución científico-técnica, ha crecido el potencial económico y militar de los principales Estados imperialistas, particularmente el de los Estados Unidos. En el mundo capitalista se acentúa la tendencia general a la integración, que se extiende a la esfera de la economía, la política, la ideología y los medios militares. La fusión del Estado burgués con los grandes monopolios, la enorme concentración

y centralización de la economía y la formación de gigantescos complejos militar-industriales han ofrecido a la burguesía imperialista algunas nuevas posibilidades de maniobrar en el terreno de las relaciones sociales y en la vida política para conjugar la fuerza bruta y las represiones con una política social demagógica.

Pero eso no significa, ni mucho menos, que el imperialismo se haya curado de las profundas e insolubles contradicciones y de las lacras inherentes a su naturaleza social; no significa que la correlación de fuerzas haya cambiado en su favor. Es más, la intensificación de la agresividad del imperialismo la engendran precisamente la agudización de su crisis general y la inevitabilidad de su hundimiento. Las peligrosas provocaciones y acciones militares en distintas regiones del globo no son expresión de su poderío, sino de sus esfuerzos desesperados por recuperar la iniciativa histórica, que perdió hace ya mucho tiempo, y por apuntalar su dominación.

Es evidente que el imperialismo contemporáneo constituye un foco de peligro permanente y de atentados contra los derechos y la libertad de los trabajadores y de los pueblos; no cabe duda de que es un gendarme mundial, que frena el progreso social. Por otra parte, es evidente también que el imperialismo contemporáneo no puede detener el proceso revolucionario universal. Así lo atestiguan con la mayor fuerza de convicción la derrota moral, política y militar de los agresores norteamericanos en Vietnam, el fracaso de los intentos del imperialismo para realizar sus fines estratégicos en el Oriente Medio y sus estériles esfuerzos por estrangular a la Cuba revolucionaria y recuperar las posiciones perdidas en Europa y en todo el mundo como resultado de la segunda guerra mundial.

El desarrollo de la humanidad no lo determina hoy el imperialismo; lo determinan la existencia y la lucha conjunta de las tres principales fuerzas revolucionarias:

- el sistema socialista mundial,
- el movimiento comunista y obrero en los países capitalistas
- y el movimiento de liberación nacional.

El hecho de que en el proyecto de Documento se destaque el papel de estos tres torrentes principales del proceso revolucionario contemporáneo y se subraye la necesidad de su unión tiene una importancia teórica y práctica esencial. El alcance de este planteamiento lo hacen todavía mayor los intentos, más enconados en los últimos tiempos, de desunir estas fuerzas y hasta contraponerlas las unas a las otras, cosa que podría acarrear graves consecuencias a cada una de ellas y a todo el movimiento revolucionario.

Importantes conclusiones de principio y tareas prácticas dimanan también de la tesis relativa a la creación y el fortalecimiento de la alianza de la clase obrera con los campesinos, las capas medias de la ciudad y los intelectuales y otras capas en la lucha contra el imperialismo, por la paz, la democracia y el progreso social.

Hay que saber justipreciar ese nuevo fenómeno que supone la radicalización masiva de la juventud y los estudiantes en los países capitalistas. La composición de clase de ese movimiento es bastante heterogénea. Pero el descontento de sus participantes con el régimen capitalista, la negación de las relaciones

sociales y el orden de cosas capitalistas y el carácter antibélico y antiimperialista de este movimiento son bien evidentes. En esencia, el movimiento juvenil refleja la acentuación de la crisis del régimen burgués y la intensificación de la lucha de la clase obrera contra la burguesía.

Sin embargo, eso no lleva a la inclusión automática de la lucha de la juventud y los estudiantes en la lucha de la clase obrera, de los partidos comunistas y obreros. La experiencia de los últimos años hace ver que los partidos comunistas deben esforzarse seriamente por llevar al cauce necesario y encauzar el movimiento revolucionario de los jóvenes. En caso contrario, la protesta y la combatividad de la nueva generación adquirirán la forma de una estéril rebelión espontánea, decrecerán rápidamente y pueden convertirse en desesperación pequeñoburguesa y en renuncia a la lucha o en ese aventurerismo inherente al espíritu revolucionario pequeñoburgués.

La consecuencia más peligrosa del alejamiento de los partidos comunistas del movimiento revolucionario de los jóvenes es que éste lo encabezan oportunistas de "izquierda" de toda laya, maoístas y trotskistas, ya que los "ultraizquierdistas" suelen atrapar en sus redes y apartar del movimiento comunista precisamente a la parte de los jóvenes que es reserva natural del movimiento revolucionario y contingente de aumento de las filas de los partidos comunistas.

Las condiciones necesarias para atraer a las grandes masas de la juventud y los estudiantes a la lucha revolucionaria sólo se crean cuando la lucha de la juventud está vinculada a la lucha del proletariado, cuando el movimiento revolucionario de los jóvenes lo dirige el Partido Comunista.

La preocupación por la educación y el temple clasistas de partido de la juventud, por su desarrollo teórico, marxista-leninista, es nuestro deber primordial para con la juventud revolucionaria y el futuro del movimiento comunista.

Actualmente, las fuerzas del socialismo, las fuerzas del progreso y el frente antiimperialista se encuentran en incesante desarrollo. Somos nosotros, y no los imperialistas, quienes desplegamos la ofensiva. Naturalmente que la lucha tiene, como siempre, sus altibajos. Es la lucha de clases. Sin embargo, considerada en su aspecto histórico, avanza. Vencer no será fácil, pero venceremos nosotros, y no los imperialistas. En este sentido, las apreciaciones y conclusiones colectivas de nuestros partidos hechas en 1957 y 1960 se han confirmado.

Camaradas:

Es bien evidente que resulta difícil hablar de unidad de acción de un frente bastante heterogéneo en cuanto a su composición de clase y en el aspecto ideológico y político, como es el caso del frente antiimperialista, cuando su fuerza principal y homogénea, el movimiento comunista, no actúa unido y cohesionado. Por ello, una cuestión cardinal, que inquieta profundamente no sólo a los delegados a la Conferencia, no sólo a todos los comunistas del mundo, sino también a todos los participantes en la lucha antiimperialista, es el *problema de la unidad del movimiento comunista mundial*.

No voy a detenerme detalladamente en este problema; me limitaré a fijar vuestra atención en algunos de sus aspectos esenciales.

Nuestro movimiento tuvo desde que nació un carácter internacional bien acusado. Bajo la bandera del internacionalismo proletario logró victorias históricas. Su futuro, la suerte del socialismo y —ahora puede ya decirse— la suerte del género humano dependen de su cohesión y unidad. Por ello, como dijera Engels, debemos reunir para la lucha en un solo ariete todas nuestras fuerzas y concentrarlas en el punto central del ataque.(1)

No es el deseo de desplegar discusiones ideológicas, sino los intereses cardinales de nuestra lucha común, lo que exige que condenemos inequívocamente los intentos de contraposición de uno u otro destacamento nacional de la clase obrera al movimiento comunista mundial; las peculiaridades nacionales de un movimiento obrero dado, a la estrategia general de los comunistas de todo el orbe, a las leyes generales de la revolución proletaria y de la edificación de la sociedad sin clases.

Nos pronunciamos por la igualdad de los distintos partidos, por su independencia al trazar su política. Pero la independencia y la igualdad de los partidos y su deber internacional no son conceptos que se excluyan mutuamente; entre ellos existe una vinculación orgánica interna. Por eso nuestra delegación apoya plenamente la tesis del proyecto de Documento fundamental de que cada Partido Comunista responde de su actividad tanto ante su clase obrera y su pueblo como ante el proletariado internacional, ante el movimiento comunista internacional.

En nuestra opinión, lo principal que todos nosotros necesitamos hacer para nuestro movimiento en la etapa presente es aplicar consecuentemente en todo momento, en la práctica, de hecho, los principios del internacionalismo proletario. El gran Lenin nos legó: "Lo esencial no es "proclamar" el internacionalismo, sino saber ser internacionalistas de hecho aun en los tiempos más difíciles"(2).

Está claro que no se puede siquiera hablar de internacionalismo proletario ni de reforzar la cohesión de las fuerzas revolucionarias, antiimperialistas, sin desplegar una *ofensiva contra el oportunismo de derecha y de "izquierda"*. Ese problema es de una importancia extraordinaria para nuestro movimiento, ya que guarda una relación directa con la naturaleza misma de los partidos comunistas y con la existencia y el futuro del socialismo. Compartimos la opinión de la mayoría de los partidos de que es necesario desplegar una lucha enérgica contra las desviaciones del marxismo-leninismo, contra las manifestaciones de limitación nacional en las relaciones entre los partidos y, también, entre los países socialistas.

Una de las fuentes del oportunismo —tanto de derecha como de "izquierda"— es el *nacionalismo*. Todos sabemos perfectamente hasta dónde llevó a los partidos de la II Internacional el socialchovinismo en vísperas de la primera guerra mundial. También después de la segunda guerra mundial, en un clima de disgregación del sistema colonial, los líderes socialdemócratas de derecha han participado en los gobiernos de algunos países burgueses, que, bajo la bandera de la defensa de los "intereses nacionales", han sostenido guerras sangrientas contra los movimientos de liberación nacional.

(1) C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. XXXIII, pág. 317. Ed. en ruso.

(2) *Obras Completas*, t. XXIV, pág. 74. Ed. Cartago, Buenos Aires.

Hoy no podemos cerrar los ojos ante el peligro que supone el nacionalismo, no tenemos derecho a ello. Lamentablemente, las tendencias nacionalistas han aparecido también en el movimiento comunista, que siempre se enorgulleció, muy legítimamente, de su internacionalismo. El nacionalismo se ha hecho particularmente peligroso para algunos partidos que se encuentran en el Poder en sus países. Y ha sido terreno abonado para el florecimiento de desviaciones de derecha y de "izquierda" y, en fin de cuentas, para la contraposición de algunos partidos y países a los demás partidos comunistas y países socialistas, para la proliferación de la ideología del antisovietismo, ajena y hostil al comunismo.

Nuestra delegación no puede menos de hacer constar su inquietud por el desarrollo de los acontecimientos en China, por la política y las acciones actuales de los dirigentes chinos.

A comienzos de la presente década, las concepciones erróneas del grupo de Mao Tse-tung podían todavía ser consideradas como una desviación del marxismo-leninismo, pero lo que predicán y hacen hoy los dirigentes chinos es ya una deformación y una abjuración de nuestra teoría y nuestra práctica, una traición a la lucha revolucionaria de los comunistas y de todos los pueblos oprimidos.

En esencia, el IX Congreso del Partido Comunista de China se planteó la tarea de legalizar la obra destructora de la llamada revolución cultural. Los nuevos Estatutos aprobados son una revisión completa de los principios marxistas-leninistas acerca de la organización y la actividad del Partido y confirman oficialmente las ideas de Mao Tse-tung como base teórica del Partido Comunista de China. Según los nuevos Estatutos, el Partido Comunista de China queda liquidado como organización de clase y se convierte en el "partido del jefe" y de Lin Piao, su heredero.

Ahora, el Partido Comunista de China se edifica en el aspecto ideológico como un partido maoista-trotskyista, antileninista; en el terreno de organización, como un partido que lleva el centralismo hasta el absurdo; por los métodos de dirección, como un partido militarizado; por su composición es pequeño-burgués; por sus fines y tareas, nacionalista, chovinista; por sus acciones de política exterior, aventurero y antisoviético.

Es evidente que el IX Congreso del PCCh, al legalizar la revisión del programa y la práctica del Partido, ha creado una nueva situación, tanto dentro de China como en el ámbito internacional.

Los actuales dirigentes de China quieren convertir ésta en una fuerza francamente hostil a la comunidad socialista y a la seguridad de los pueblos. Los esfuerzos de los actuales dirigentes chinos, que aplican una política anti-soviética y tratan de descomponer con sus actividades el movimiento comunista internacional, se funden objetivamente con los esfuerzos del imperialismo en su lucha contra los países socialistas, contra la causa de la liberación de los pueblos.

La manifestación más escandalosa de esa política son los pérfidos ataques de los chinos en la frontera sovieto-china. Objetivamente, esas acciones agresivas de los dirigentes chinos dejan las manos libres al imperialismo. De hecho, el principal factor determinante de las actividades de los actuales

dirigentes chinos es el afán de crear las mayores dificultades posibles a la Unión Soviética y a otros Estados socialistas, apoyar a las fuerzas antisoviéticas de toda laya, a todas las tendencias corruptoras en la comunidad socialista, en el movimiento obrero internacional y en el movimiento nacional-liberador. No reparan en emplear para el logro de esos fines a quienquiera que sea y cualesquiera medios, procedimientos y formas. En resumidas cuentas, sus acciones repercuten negativamente en la correlación de fuerzas entre el socialismo y el imperialismo, en la capacidad de defensa del campo socialista y en el curso del proceso revolucionario mundial.

Todo eso nos afecta profundamente a los comunistas del mundo entero. Y no podemos permanecer indiferentes ante tales hechos. Precisamente por eso, y no porque sintamos el deseo de mezclarnos en los asuntos internos de otro Partido o de condenar a otro Partido, nos vemos obligados a analizar y sopesar los nuevos factores surgidos después del IX Congreso del Partido Comunista de China. No podemos menos —querámoslo o no— de sacar las conclusiones pertinentes, pues se trata de cuestiones de importancia extraordinaria.

Algunos dirigentes de partidos hermanos afirman que en este caso se trata de malentendidos y discrepancias tan sólo entre dos partidos —el Partido Comunista de la Unión Soviética y el Partido Comunista de China— y entre dos Estados —la Unión Soviética y la República Popular China—. Si fuera así, la cosa sería más sencilla y el trabajo más fácil. Y por cuanto esa opinión alienta en algunos medios comunistas, consideramos nuestro deber subrayar que se trata de problemas muy esenciales, vinculados con nuestra teoría y práctica y que afectan a la suerte de todo el movimiento revolucionario y de toda nuestra lucha.

No puedo dejar de exponer nuestro criterio acerca de lo que se ha dado en llamar "acusaciones recíprocas" entre los partidos. En el pasado hubo ya llamamientos al respecto, y en nuestra Conferencia se oyen también voces contra los "ataques recíprocos". Nos parece que esa cuestión no se ha formulado con la precisión debida. En esencia, no hay "ataques recíprocos". Se trata —los hechos reales lo confirman— de los ataques y las calumnias que la dirección de un Partido —del Partido Comunista de China— viene lanzando sistemáticamente en el transcurso de muchos años contra el Partido Comunista de la Unión Soviética, contra otros partidos hermanos y contra todo el movimiento comunista mundial. En este caso se trata de una línea y una actividad antisoviéticas y escisionistas en el movimiento comunista internacional, de las que se ha hecho orientación y política oficiales de partido y de Estado.

Todos sabemos qué esfuerzos tan enormes han realizado el movimiento comunista internacional, todos nosotros, y principalmente los camaradas soviéticos, para superar las divergencias entre el Partido Comunista de China y la inmensa mayoría de los partidos hermanos. Esos esfuerzos no han tenido fruto debido a la conducta de los dirigentes chinos.

No comprendemos, camaradas, cómo se puede, después del IX Congreso del Partido Comunista de China, recomendar a los camaradas soviéticos que silencien la situación en el Partido Comunista de China, que oculten a 15 millones de comunistas y a 240 millones de ciudadanos soviéticos la campaña

antisoviética desplegada por los dirigentes chinos; que silencien las provocaciones armadas, las agresiones chinas y la sangre de los soldados soviéticos vertida en consecuencia; que silencien que al pueblo chino lo llaman a estar preparado para una guerra atómica contra la Unión Soviética. ¿No es demasiado, verdaderamente, lo que se les pide al PCUS y a la Unión Soviética?

Tales recomendaciones se hacen ahora también a todo nuestro foro comunista mundial. Se nos aconseja que en ningún caso y en ninguna forma hagamos siquiera referencia a esta cuestión. Eso sería querer ocultar al movimiento comunista internacional la actividad disgregadora de los dirigentes chinos. ¡Y todo eso se nos propone en aras del "fortalecimiento de la unidad"!

Atenderíamos esos consejos y los seguiríamos si los dirigentes chinos no hubieran rechazado tan desconsideradamente la invitación a participar en la Conferencia, si hubieran enviado aquí a sus representantes para conversar como iguales entre iguales acerca de nuestras divergencias, acerca de nuestra unidad, acerca de la lucha contra el imperialismo, por el triunfo de nuestra causa.

Pero los dirigentes chinos se han negado a participar en la Conferencia y han intensificado su lucha contra el movimiento comunista internacional.

Por ello nos sumamos a los camaradas que han dicho que es necesario ahora desenmascarar la política escisionista, la esencia de los planteamientos y tesis políticos, ideológicos y de organización de los actuales dirigentes chinos, aprobados por el IX Congreso del Partido Comunista de China, y señalar el grave detrimento que inferen a la causa revolucionaria.

Quiero subrayar que el Partido Comunista Búlgaro siempre se ha pronunciado por el fortalecimiento de la amistad entre los pueblos búlgaro y chino, entre los países socialistas y la China Popular, por el fortalecimiento de nuestra unidad combativa, de la unidad de acción con los comunistas chinos. Tenemos honda fe en las fuerzas sanas, en las fuerzas marxistas-leninistas de China, que, a pesar de los duros golpes que han sufrido y de la difícil situación actual, sabrán defender el marxismo-leninismo y mantener vivo el Partido Comunista de China para que éste ocupe el lugar que le corresponde en nuestra familia comunista. Claro está que comprendemos perfectamente que será ése un proceso fidedigno y largo.

El revisionismo de "izquierda" no ha quedado tras la Gran Muralla. Se ha manifestado y desarrollado también en otros círculos comunistas. Aplicando su línea de escisión en los partidos comunistas y en el movimiento comunista internacional, los dirigentes chinos se afanan obstinadamente por organizar esas fuerzas, dividir los partidos comunistas existentes y crear partidos de "izquierda" hostiles a aquéllos, que impongan el "maoísmo" a todo el mundo. Esos grupos y partiditos de "izquierda" se convierten en centro de atracción de apóstatas de toda laya del movimiento comunista, de trotskistas, renegados y aventureros; se convierten en centros de antisovietismo y anticomunismo.

Al examinar las causas del fortalecimiento del oportunismo de "izquierda", no podemos dejar de señalar el *papel del revisionismo de derecha* como estimulante de la desviación izquierdista. Además de otros daños que causa el revisionismo al movimiento comunista, provoca la aparición del oportunismo de "izquierda" y su desarrollo como falsa antítesis de la desviación de derecha. Precisamente es el revisionismo lo que aparta del Partido a muchas personas honestas, pero no

maduras ideológicamente, y las empuja a los brazos de los escisionistas empedernidos.

El movimiento comunista internacional no puede dejar de tener en cuenta esa circunstancia. Es bien conocida la vieja verdad de que quien se aparta del marxismo-leninismo hacia la "izquierda" y quien se desvía hacia la derecha se ayudan en la práctica, por mucho que se combatan teóricamente, y, en resumidas cuentas, coinciden bajo una misma bandera, bajo la bandera del anticomunismo.

Por ello, al combatir el oportunismo de "izquierda", no debemos, *en ningún caso, subestimar otro peligro, el oportunismo de derecha*, particularmente cuando tiene la posibilidad de predominar en una u otra dirección, de convertirse en ideología oficial de Partido y —en el caso en que se trate de un partido gobernante— en política de Estado.

Al lado de las raíces "clásicas" del oportunismo de derecha, una sería fuente del mismo es hoy, en los países capitalistas, la posibilidad del paso al socialismo por vía pacífica.

En vez de una política de plena movilización de las fuerzas de clase para hacer realidad esa posibilidad, en vez de un tesonero trabajo por atraer a las capas medias a la lucha de la clase obrera, en algunos círculos comunistas se manifiesta la tendencia a apartarse de las posiciones de clase y adaptarse a los anhelos del elector pequeñoburgués; la posibilidad de realización de la revolución socialista por vía pacífica comienza a reducirse exclusivamente a la posibilidad de vencer en las elecciones; la lucha parlamentaria se considera el camino principal al socialismo, cuando no el único; se echa en olvido que la clase obrera y sus aliados disponen de todo un arsenal de medios pacíficos y legales de lucha; se echa en olvido una circunstancia muy esencial: que el tránsito pacífico no sólo depende del deseo del Partido y de los trabajadores, sino también de la conducta de la burguesía nacional y mundial y, por lo tanto, nunca se puede descartar la lucha de clases armada. Menospreciar todo eso, olvidarlo, supone no sólo desarmar al Partido, sino también suplantar la educación revolucionaria de las masas por el fomento de ilusiones socialdemócratas.

El oportunismo de derecha, al rechazar las tesis fundamentales del marxismo-leninismo y castrar su esencia revolucionaria, se desliza inevitablemente a las posiciones del reformismo y del socialdemocratismo, se convierte en una fuente de desunión de la clase obrera.

El gran éxito logrado por el Partido Comunista Francés en la primera vuelta de las elecciones presidenciales ha mostrado convincentemente que no son combinaciones carentes de principios, sino claras posiciones comunistas, la base sobre la que pueden aglutinarse vastas capas trabajadoras. Señalamos esto con satisfacción y felicitamos a nuestros camaradas franceses. Ese resultado es una buena y muy oportuna lección a los partidos comunistas y a todas las fuerzas efectivamente de izquierda, comprendidas las socialdemócratas, en los países donde existen o pueden surgir condiciones para la lucha por el paso pacífico al socialismo.

Consideramos que en el mundo contemporáneo, en el que las fuerzas del socialismo y de los movimientos obrero, de liberación nacional y democrático

son superiores a las fuerzas del imperialismo en el ámbito mundial, la tesis del paso pacífico y no pacífico al socialismo es acertada. Cada Partido Comunista y Obrero, partiendo de la correlación de las fuerzas de clase y del desarrollo del movimiento revolucionario en su país, tiene el derecho y la obligación de buscar y encontrar las formas, los medios y vías de toma del Poder —pacíficos, no pacíficos, y unos y otros conjugados— más en correspondencia con las condiciones específicas de su país.

Está completamente claro, sin embargo, que el Partido puede contar con el éxito en esta lucha sólo en el caso de que se apoye en el marxismo-leninismo y despliegue una consecuente lucha tanto contra los oportunistas de "izquierda" como contra los de derecha.

El oportunismo es un viejo conocido nuestro, un viejo enemigo del marxismo-leninismo y del movimiento comunista. Siempre que se ha menospreciado el peligro que representa, ha florecido, y jamás ha cedido voluntariamente sus posiciones. Nuestro Partido posee una rica experiencia de lucha contra el oportunismo desde fines del siglo pasado. Y nuestra experiencia confirma que el oportunismo —tanto el de derecha como el de "izquierda"— únicamente puede ser derrotado cuando se despliega contra él una lucha abierta, clara, consecuente, basada en los principios. Por eso consideramos que la lucha por la pureza del marxismo-leninismo, por su desarrollo creador, contra el oportunismo, contra la ideología burguesa, sigue siendo una tarea fundamental de cada Partido Comunista, tanto desde el punto de vista de sus propios intereses como desde el punto de vista de los intereses del movimiento comunista internacional.

Camaradas:

Otra cuestión en la que quiero detenerme es la del *sistema socialista mundial como la mayor conquista del movimiento comunista y obrero internacional, como el factor principal del feliz desarrollo del proceso revolucionaria en el mundo entero.*

El surgimiento del sistema socialista mundial creó una situación completamente nueva en el mundo. La lucha de clases, sin dejar de desarrollarse en el seno de la sociedad capitalista, se transformó al mismo tiempo en lucha entre los Estados de régimen social capitalista y los Estados de régimen social socialista. Hoy día, no sólo la burguesía mundial, sino también el proletariado mundial dispone de una fuerza política, económica, ideológica y militar organizada a escala estatal e internacional. Esa fuerza se opone, en calidad de factor principal de comedimiento y freno, a la fuerza del imperialismo. En el presente, si la burguesía mundial tratara de decidir el desenlace de la lucha de clases por la fuerza de las armas, el sistema socialista mundial descargaría sobre ella todo su poderío y, junto con la clase obrera de los países capitalistas y el movimiento nacional de liberación, asestaría un golpe demolidor al imperialismo.

El sistema socialista mundial es el principal soporte del movimiento comunista y obrero de los países capitalistas. La existencia del sistema socialista mundial, su fuerza y la atracción que ejerce su ejemplo han abierto en algunos países ante el proletariado la posibilidad de realizar la revolución socialista por vía pacífica. El sistema socialista mundial es la fuerza en que podrá apoyarse el proletariado de cada nuevo país en que venza la revolución socialista en un

tuturo más o menos lejano. El sistema socialista mundial es el aliado principal y el apoyo del movimiento de liberación nacional y democrático, la principal garantía de la independencia de los países que se han desprendido hace poco de las garras del imperialismo y del colonialismo, el principal factor en la lucha contra la guerra y por el mantenimiento de la paz en todo el mundo.

Tomando en consideración todo eso, partiendo de los intereses de nuestros países y de los intereses internacionales del movimiento comunista y obrero, el Partido Comunista Búlgaro considera su deber luchar y hacer su aportación al fortalecimiento de la unidad y la cohesión del sistema socialista mundial, al desarrollo de su poderío en todos los terrenos.

Eso se expresa, en primer término, en la consecuente edificación de la sociedad socialista en nuestro propio país. En esta dirección, el pueblo búlgaro ha logrado, bajo la dirección del Partido, grandes éxitos, tanto en la economía como en la educación comunista, patriótica e internacionalista del pueblo y de la juventud. Baste señalar que Bulgaria produce ahora en el transcurso de una semana, poco más o menos, tantos artículos industriales como lanzó en todo 1939, antes de la guerra. Basándose en las leyes objetivas del desarrollo económico-social, en el socialismo científico, estamos ahora construyendo una sociedad socialista desarrollada y nos esforzamos por utilizar las realizaciones de la revolución científico-técnica. Se producen también nuevos cambios profundos, cualitativos, tanto en la base como en la superestructura. Utilizando con espíritu creador la experiencia de la Unión Soviética, que tiene importancia histórica mundial, así como la de otros países socialistas, y sintetizando la propia, en los últimos años hemos elaborado y perfeccionado el nuevo sistema de gestión de la economía nacional y de dirección de toda nuestra sociedad en la etapa presente. La aplicación del nuevo sistema de dirección se desarrolla con éxito y ejerce una influencia benéfica en el desenvolvimiento de la economía, las relaciones sociales, la ciencia, la instrucción y la cultura y en la elevación del nivel de vida del pueblo. Hasta la más superficial comparación del progreso alcanzado por la Bulgaria socialista con el desarrollo de los países capitalistas vecinos en los últimos veinticinco años atestigua con la mayor fuerza de convicción las enormes ventajas del régimen socialista sobre el capitalista.

Además de construir el socialismo en nuestro país, cumplimos nuestros deberes internacionales, fortaleciendo la amistad y la colaboración con todos los países socialistas, con los partidos comunistas y los movimientos revolucionarios en todo el mundo.

En este sentido atribuimos una importancia particular a *la unidad y la cohesión de los países del Consejo de Ayuda Mutua Económica y del Tratado de Varsovia*, al desarrollo constante de nuestra amistad fraternal y colaboración múltiple con ellos, con sus pueblos y con sus partidos.

Lamentamos que algunos países socialistas europeos se mantengan al margen de estas comunidades. No voy a detenerme en las causas de ello ni a hacer ninguna apreciación al respecto.

Sin embargo, no puedo menos de detenerme en los intentos de argumentar que la existencia del Tratado de Varsovia es innecesaria y hasta nociva y de instigar y estimular así a las fuerzas nacionalistas y oportunistas en los países de la comunidad socialista con el fin de descomponer ésta.

Los enemigos de todos y cada uno de los bloques ponen en un mismo plano los bloques agresivos de los Estados capitalistas y la alianza defensiva de los Estados socialistas europeos. Esa posición está por debajo de toda crítica incluso desde el punto de vista de la lógica más elemental, del humanismo abstracto.

Pero ¿qué aspecto ofrece el problema a la luz de la lucha de clases?

Cuando los Estados capitalistas forman organizaciones político-militares interestatales enfiladas contra los países socialistas y los movimientos obrero y nacional-liberador en sus propios países y en los últimamente emancipados; cuando estos bloques imperialistas no sólo amenazan a los países socialistas, sino que también emprenden acciones bélicas directas contra ellos, como sucedió con Corea y Cuba y ocurre ahora en Vietnam; cuando intentan aplastar los regímenes progresistas y restablecer sus posiciones perdidas en zonas enteras, como se ha visto, por ejemplo, en el caso de la agresión de Israel a los pueblos árabes; cuando salen en defensa del militarismo germano-occidental, al tiempo que llevan ya veinte años sin reconocer a la República Democrática Alemana, que es el primer Estado de obreros y campesinos alemanes conocido en la historia, y cuando el imperialismo intenta pasar a la ofensiva en todas las partes donde sea posible —incluso también con el empleo de fuerzas armadas—, ¿acaso no tienen derecho, acaso no están obligados los países socialistas, en nombre de sus intereses nacionales, en pro de los intereses del movimiento comunista y obrero internacional, en nombre del movimiento nacional-liberador y en aras de la paz mundial y de la vida de la humanidad, a sacar todas las conclusiones y adoptar todas las medidas, absolutamente todas las medidas, para reforzar su poder defensivo?

Tal es, precisamente, la situación en el mundo contemporáneo. Y por eso robustecemos nuestro poder político, económico y defensivo y la unidad y la cohesión de los países miembros del Tratado de Varsovia y del Consejo de Ayuda Mutua Económica.

No podemos coincidir con quienes nos critican diciendo que el Consejo de Ayuda Mutua Económica restringe nuestra independencia económica. Ocurre todo lo contrario; la integración económica socialista es una necesidad para el desarrollo de la economía de nuestros países y de la economía de toda nuestra comunidad, es una importante condición de nuestra independencia respecto a la economía capitalista. De ahí que saludemos los acuerdos de la XXIII sesión especial del CAME.

Tampoco podemos coincidir con las afirmaciones acerca de que el Tratado de Varsovia dificulta la atenuación de la tirantez en Europa y en el mundo entero y menoscaba la independencia nacional y la soberanía de las naciones socialistas. Es todo lo contrario; el Tratado de Varsovia constituye la barrera principal que se alza en el camino de las fuerzas antisocialistas y revanchistas, es el principal centinela de la paz en Europa. Responde no sólo a los intereses vitales del movimiento revolucionario internacional, no sólo a los intereses del sistema socialista mundial y de la alianza de los Estados socialistas europeos en conjunto, sino también, *precisamente, a los intereses de nuestra independencia nacional y soberanía*. Debido a ello, saludamos las decisiones de la Conferencia

de Budapest y contribuimos y contribuiremos con nuestro aporte al reforzamiento de la unidad y la cohesión de los países signatarios del Tratado de Varsovia y al desarrollo de su potencia defensiva.

Como es sabido, en la Conferencia de Budapest nuestros países, signatarios del Tratado de Varsovia, propusieron convocar una Conferencia de toda Europa sobre los problemas de la seguridad europea. ¿Acaso no está claro que somos enemigos de la guerra y partidarios de la coexistencia pacífica de Estados de diferente régimen social, que somos enemigos de dividir el mundo en bloques y que no somos nosotros, sino el imperialismo quien ensambla —sobre la base de la voluntariedad o a la fuerza— bloques enfilados contra nosotros? ¿Acaso hay que volver a recalcar lo que ya se ha recalcado más de una vez: que el Tratado de Varsovia se firmó en respuesta a la organización del agresivo bloque militar de la OTAN y que el día en que deje de existir la OTAN, desaparecerá también el Tratado de Varsovia, ya que entonces no habrá motivos para que exista?

Al hablar de la comunidad socialista, no podemos dejar de referirnos a lo que se relaciona con *el carácter del poder, la democracia socialista y el papel dirigente del Partido Comunista en la sociedad socialista*.

Y si no tenemos más remedio que tratar de estas cuestiones no es porque no fueran esclarecidas hace mucho por los clásicos del marxismo-leninismo y por la experiencia de medio siglo de existencia de la Unión Soviética y los veinticinco años de vida de los otros países socialistas. No podemos dejar de hablar de ellas porque estos problemas vitales del socialismo no sólo han vuelto a ser en los últimos años el blanco principal de los ataques de nuestros enemigos, sino que ocupan también el centro de la crítica que nos hacen algunos dirigentes de los partidos hermanos.

En vísperas de la primera revolución socialista del mundo, Vladímir Ilich Lenin declaró: "... no es socialista quien espera que el socialismo se realice *sin que medie* la revolución social y la dictadura del proletariado".(1)

Los comunistas búlgaros, lejos de ocultarlo, nos enorgullecemos de que nuestro Estado, nuestro poder, sea la dictadura del proletariado en la forma de democracia popular. Estamos convencidos de que precisamente la dictadura del proletariado representa la forma superior de democracia, tanto porque es el poder de la mayoría del pueblo como porque su objetivo final estriba no en perpetuar el dominio de la clase obrera, sino en acabar con la propia división en clases y construir la sociedad comunista sin clases. La historia humana no conoce otro poder, otra democracia, que se plantee semejante objetivo y procure consecuentemente su realización.

En las condiciones de la sociedad de clases, el poder del Estado expresa y siempre expresará los intereses y la voluntad de la clase dominante. Las formas del poder del Estado suelen ser distintas. Mas dentro de toda la variedad de formas, siempre se manifiestan y no pueden dejar de hacerlo los rasgos generales que determinan el carácter del poder como poder de una clase concreta. El eclecticismo en el presente caso puede difuminar la esencia de las cosas, pero es incapaz de cambiarlas.

(1) *Ibidem*, t. XXIII, pág. 94.

El problema clave del poder socialista es el papel rector de la clase obrera, *el papel dirigente del Partido Comunista como forma superior de la organización de clase del proletariado*. No hay ni puede haber sociedad socialista sin que el papel dirigente lo desempeñe el Partido Comunista: esta verdad ha sido confirmada por toda la experiencia de la humanidad —feliz y malograda, positiva y negativa— en el último medio siglo. La confirma asimismo el hecho de que todas las tentativas emprendidas para cambiar el carácter del régimen social en uno u otro país socialista comienzan con la acción manifiesta contra el papel dirigente del Partido Comunista.

No hay nada ilógico en que nuestros enemigos quieran cambiar el carácter del poder en los países socialistas, "ayudándonos" con consejos teóricos, y reemplazar con un trabajo de zapa la democracia socialista por cualquier otra forma de democracia burguesa, no importa la que sea. ¿Quién puede dudar, por ejemplo, de que la antigua burguesía búlgara, lejos de conceder a los comunistas búlgaros el derecho al papel dirigente en la sociedad, les hundiría otra vez, y con mayor furia aún, en cárceles y campos de concentración y les cerraría la boca con balas?

Lo ilógico en el presente caso es que algunos dirigentes comunistas se sumen a semejante crítica del carácter "no democrático" del régimen en los países socialistas y del papel dirigente de los partidos comunistas.

En su crítica del régimen social en los países socialistas, se apartan, lamentablemente, de la doctrina marxista-leninista del Estado y hacen tabla rasa del análisis científico, de clase, de la situación y de las exigencias de la construcción socialista en nuestros países; de hecho, arrancan sobre todo de la concepción de la democracia burguesa "ideal", de la democracia "pura", con su sistema pluripartidista, partidos de oposición, lucha por los sufragios de los electores, combinaciones parlamentarias para formar uno u otro gobierno, etc.

Está claro que la lucha por la democracia en los países capitalistas reviste una enorme significación. Moviliza e intensifica la actividad de los trabajadores y crea condiciones para aislar a las fuerzas reaccionarias y fascistas, denunciar el anticomunismo y agrupar a las fuerzas antiimperialistas y democráticas. Mas la construcción de la sociedad democrática burguesa no constituye el objetivo final de la lucha de la clase obrera, no es la encarnación de su ideal. La lucha por la democracia en tal o cual país capitalista debe, en definitiva, crear las condiciones para cambiar el régimen social, para pasar al socialismo.

Nos damos cuenta del carácter de esta lucha, de su complejidad y dificultades. Hace un cuarto de siglo nosotros resolvimos esa misma tarea. Y, al hablar del sistema socialista como de la fuerza principal de nuestro movimiento, no menospreciamos en modo alguno la lucha de los partidos comunistas en los países capitalistas y no nos creemos "más importantes" o mejores que nuestros hermanos que combaren en otras condiciones por el triunfo de nuestra causa común. Conocemos perfectamente estas condiciones y sabemos cuánta fe, cuánta fidelidad y qué fuerzas morales necesita el hombre para ser comunista en la sociedad donde, sin contemplaciones, se emplean todos los medios, desde el terror moral y la violencia económica hasta la prisión y las balas, en la lucha contra el comunismo. Nos inclinamos ante los comunistas de los países capitalistas adelantados y ante los comunistas de Asia, Africa y América Latina

y les deseamos de corazón buen éxito en su heroica batalla por la libertad y la independencia nacional, por la paz, la democracia y el socialismo.

Por lo que se refiere a nuestros países, la lucha por el poder político en ellos es una etapa ya recorrida. Este problema ha sido zanjado. Tomemos como ejemplo la República Popular de Bulgaria. Los comunistas búlgaros, nuestra clase obrera y el pueblo búlgaro sostuvieron durante decenios una rigurosa lucha por la conquista del poder político. ¿Puede alguien censurarnos por que no abriguemos el menor propósito de crear artificialmente una situación para "el libre juego de las fuerzas políticas" y ofrecer de nuevo cualesquiera posibilidades a las fuerzas reaccionarias interiores y exteriores de plantear otra vez el problema de "¿Quién vencerá a quién?"?

La experiencia de la construcción de la nueva sociedad en la Unión Soviética y en los demás países socialistas muestra con claridad que la esencia de la democracia socialista y el grado de su madurez no los determina el que, además del Partido Comunista, existan otros partidos. En la Unión Soviética, por ejemplo, en virtud de una serie de condiciones específicas, el PCUS es el único partido político. En Bulgaria, como es sabido, junto con el PCB, codo con codo con él actúa y labora en bien del socialismo uno de los partidos más antiguos, la Unión Popular Agraria Búlgara. ¿Por qué, entonces, los teóricos del pluripartidismo no están contentos, al menos, con nosotros? ¿Por qué consideran que en Bulgaria "no hay democracia"?

Por lo visto, el fondo del problema no reside en que sean uno o varios los partidos en un país dado. Al parecer, los apologistas del sistema pluripartidista en el socialismo quisieran ver no simplemente que haya varios partidos. Quieren que existan partidos con otro programa, distinto del programa del Partido Comunista. Necesitan partidos de oposición, partidos que luchen contra el Partido Comunista, socaven los países socialistas con su demagogia política y social, rompan la unidad de los trabajadores, implanten el espíritu de grupo y el arribismo y obstaculicen la construcción del socialismo. Y, por desgracia, algunos afirman que todo esto es deseable en beneficio de la democracia socialista!

Semejante interpretación de la democracia socialista como democracia burguesa "ideal" *no nos sirve*. Tal interpretación está en pugna con el marxismo-leninismo y la experiencia de la construcción del socialismo en la Unión Soviética y demás países socialistas. Y todavía no conocemos ninguna otra experiencia afortunada.

Desde que triunfó la revolución socialista en Bulgaria ha pasado un cuarto de siglo. Hace mucho que en nuestro país fue demolido el viejo Estado burgués. En su lugar ha sido creado y se desarrolla y perfecciona, sobre la base del principio leninista del centralismo democrático, nuestro Estado socialista. Asegura y garantiza el auténtico poder económico y político absoluto de los trabajadores, de todo el pueblo. Nuestro Estado no sirve a un puñado de explotadores, sino al pueblo, a sus verdaderos intereses nacionales e internacionales. Aplica una consecuente política exterior de paz, una política de amistad y alianza fraternal, de colaboración y ayuda mutua con la Unión Soviética y otros países socialistas, una política de coexistencia pacífica con los Estados capitalistas, una política de respeto, entendimiento mutuo y amistad

con todos los pueblos. Nuestro Estado socialista, realiza las importantes y complejas tareas de la construcción política, económica y cultural no en beneficio de un puñado de explotadores, sino del pueblo.

Hace tiempo que fue suprimido el dominio de la clase burguesa en nuestro país. También quedó suprimida como clase la propia burguesía. Nuestra industria y nuestra agricultura hace tiempo que son socialistas y avanzan a un ritmo desconocido en nuestra historia. La prensa, la radio y la televisión, todos los medios de influencia, sirven a la causa del socialismo. Educan al pueblo y a la juventud en el espíritu comunista, inculcan las virtudes del patriotismo y el internacionalismo y luchan contra las supervivencias de la ideología y la moral burguesas y por la paz y la amistad entre los pueblos.

¿A quién hace falta, entonces, que en nuestra sociedad se provoquen artificialmente recidivas de la democracia burguesa?

Lo que nosotros necesitamos no es una democracia formal, sino la creación de las condiciones necesarias para desarrollar la democracia socialista real, es decir, la participación cada vez más amplia de la clase obrera y de todos los trabajadores en el gobierno del país, en la dirección de la vida político-social, económica y cultural, y son precisamente estos serios problemas los que están resolviendo los partidos comunistas en los países socialistas.

Me limitaré a señalar las direcciones principales de nuestros esfuerzos encaminados a perfeccionar, enriquecer y profundizar la democracia socialista en nuestro país en la etapa actual:

— se elevan el lugar y la función de los órganos representativos del poder del Estado: la Asamblea Nacional y los Consejos Populares regionales y locales, no sólo confiriéndoles mayores derechos, sino facilitándoles también las posibilidades necesarias para una actividad mayor en la esfera de la planificación, la coordinación y el control de todo el trabajo concerniente al desarrollo planificado de la sociedad;

— se adopta una serie de medidas encaminadas a seguir combinando más estrechamente aún el principio estatal y social en la dirección de las diversas esferas de nuestra vida; por ejemplo, el Ministerio de Cultura, organismo del Estado, ha sido reorganizado como Comité Estatal-Social de Arte y Cultura, y a las organizaciones de los movimientos juvenil y femenino se les ha concedido el derecho de participar en la labor en los organismos del Estado y en sus eslabones respecto a las cuestiones que atañen a los jóvenes y a las mujeres y controlar esta labor;

— se está ampliando la democracia socialista en el terreno de la producción mediante el aumento de la competencia y la iniciativa de las agrupaciones económicas estatales y de las empresas en el dominio de la planificación, la dirección y la organización del trabajo; se han extendido en gran medida las atribuciones y posibilidades de la dirección y del personal de las colectividades laborales respecto a la decisión de una serie de importantes aspectos de la financiación, el incentivo y la distribución, de la aplicación del progreso técnico, etc.;

— han sido considerablemente aumentados los derechos y las posibilidades de las organizaciones sociales, tales como los sindicatos y el Frente de la Patria, las asociaciones creadoras y sociedades de escritores, pintores, compositores, etc.

Como podéis ver, camaradas, nosotros no consideramos la democracia socialista como algo anquilosado y formado de una vez y para siempre. El desarrollo de la democracia es una necesidad interna de la sociedad socialista y resultado lógico del avance de ésta. Y nuestro Partido se afana, elevando la construcción socialista en Bulgaria a un nuevo nivel, por dar impulso, ampliar y profundizar la democracia socialista en consonancia con las posibilidades y las exigencias de la etapa de la edificación de la sociedad socialista desarrollada.

Aunque ello debería caerse de su propio peso, estimo necesario decir que no consideramos nuestras realizaciones en todas las esferas, incluido el desarrollo de la democracia, como lo máximo que se puede lograr. Aspiramos a resolver los problemas, incluido el del desarrollo de la democracia socialista, por la vía más acertada y a construir la sociedad socialista al ritmo más rápido. Pero tropezamos con serias dificultades de carácter objetivo y subjetivo; en nuestro país hay problemas pendientes, hay deficiencias y se incurre en errores.

La vida, la práctica, camaradas, muy rara vez está en plena concordancia con los deseos. Esto es más cierto todavía con relación a la sociedad que se erige sobre nuevas bases, radicalmente distintas de las conocidas hasta ahora. El Partido y su Comité Central no tienen recetas hechas, para superar todas las dificultades y zanjar infaliblemente todos los problemas. La vida avanza, no espera, no permite filosofar hasta lo infinito.

La experiencia enseña que como mejor se vencen las dificultades y debilidades y se subsanan los errores es aprovechando al máximo la inteligencia colectiva del Comité Central, del Partido, de la clase y del pueblo. Nosotros procuramos apoyarnos en esta inteligencia colectiva, llevar adelante las formas existentes —y buscar otras— de intensificación de la dirección colectiva en todos los eslabones e instancias de dirección, elevar el nivel científico de la administración de la sociedad. Agradeceremos a cada Partido Comunista que, sincera y fraternalmente, nos señale nuestras fallas y errores y nos dé sus consejos. No vemos en esto una ingerencia en nuestros asuntos internos del Partido y del Estado. Además de que consideramos la crítica objetiva como expresión del deseo de ayudarnos con espíritu de camaradería, partimos también del profundo convencimiento de que la construcción exitosa de la sociedad socialista en Bulgaria no es sólo una obra nacional, sino también internacional.

Huelga decir que quienes deseen en serio ayudarnos deben, al apreciar nuestras deficiencias y darnos consejos para superarlas, arrancar del hecho de que nosotros estamos edificando la sociedad socialista, y no otra sociedad cualquiera, y han de tener en cuenta las condiciones reales en que transcurre esta edificación. No podemos coincidir con aquellos cuya crítica está en contradicción con nuestras posiciones de clase ni con quienes nos critican sin conocer ni comprender la esencia de los procesos sociales, económicos y políticos que se operan en nuestro país y en otros países socialistas, quienes hacen caso omiso de los cambios que se han producido en la conciencia y en la formación espiritual de nuestros hombres.

Camaradas:

Los comunistas nos hemos acostumbrado hace mucho a oír de la reacción mundial que nuestros partidos dependen del PCUS y que somos "agentes de

Moscú". En los últimos años, tales patrañas las venimos oyendo también de labios de algunos dirigentes de partidos hermanos. A veces, esto se nos dice sin tapujos, a veces, con reticencias. Pero en el presente caso las reticencias no son tanto una muestra de delicadeza como la expresión del deseo de privarnos de dar una respuesta directa y clara.

Como comunista búlgaro, no puedo dejar de manifestar clara y categóricamente que quienes difaman el régimen socialista en la Unión Soviética y en los países de la comunidad socialista quebrantan la confianza de la clase obrera y de las masas trabajadoras en el socialismo en su conjunto.

Para millones de personas en todo el mundo, para los amigos y enemigos, hace ya medio siglo que el comunismo y la Unión Soviética, el comunismo y el PCUS, son indivisos. No podemos imaginarnos la comunidad socialista sin la Unión Soviética, ni el movimiento comunista internacional sin el PCUS, y menos aún, contra el PCUS. Esto es una verdad elemental.

Hace más de tres decenios, el dirigente del Partido Comunista Búlgaro y Secretario General del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, Jorge Dimítrov, definió la actitud hacia la Unión Soviética y el PCUS como la piedra de toque del verdadero espíritu revolucionario de los partidos, movimientos y dirigentes políticos. En nuestros días se intenta "fundamentar" la absurda tesis de que se puede mantener posturas nacionalistas y antisoviéticas en mayor o menor grado y ser a la vez comunista internacionalista!

No nos cabe la menor duda de que la tesis de Jorge Dimítrov acerca de que la actitud hacia la Unión Soviética es la piedra de toque del internacionalismo proletario sigue siendo válida. Y no se trata sólo de que en los decenios transcurridos hayan aumentado los méritos de la Unión Soviética ante el movimiento comunista y obrero internacional y ante toda la humanidad, y de que se haya elevado inconmensurablemente su papel en el desarrollo del proceso revolucionario mundial. El significado de esta tesis se acrecienta también en relación con el surgimiento del sistema socialista mundial, hecho que, además de su aspecto enormemente positivo, entraña la posibilidad de aparición de tendencias nacionalistas en los países socialistas y de la contraposición de algunos jóvenes países socialistas al primero y más poderoso país socialista. La importancia de esta tesis se eleva asimismo debido a que en el movimiento comunista contemporáneo se intenta, al socaire de la defensa de la igualdad de derechos y de la independencia de los partidos comunistas, socavar el internacionalismo proletario.

Los comunistas búlgaros conocemos por experiencia propia y por la experiencia de todo nuestro movimiento que la elevada autoridad internacional de la Unión Soviética y del PCUS y la infinita confianza, el aprecio y el amor que sienten por ellos millones y millones de personas en todo el mundo constituyen un capital político-moral extraordinariamente grande de todo el movimiento comunista y obrero internacional! Son vanas las esperanzas en que se puede quebrantar este prestigio y ganar al mismo tiempo a los trabajadores para el comunismo en cualquier parte del mundo! La vida muestra que quien se desliza hacia las posiciones del nacionalismo y del oportunismo, quien se hace eco del antisovietismo o no se opone a él con energía, no sólo empeora la correlación de fuerzas entre el socialismo y el imperialismo a

escala mundial, sino también las posiciones de su propio Partido entre la clase obrera y los trabajadores.

En cuanto a nosotros, ¡seguiremos inquebrantablemente fieles a los legados de Jorge Dimítrov, a las conclusiones de nuestra lucha revolucionaria y de la construcción del socialismo en nuestro país, fieles a nuestra fe en el futuro, vinculado con la Unión Soviética!

Queridos camaradas:

En el próximo año celebraremos el centenario del nacimiento de uno de los más grandiosos hijos de la humanidad, del fundador y jefe del gran partido de los bolcheviques rusos, Vladímir Ilich Lenin, quien, en unión de Marx, dio su nombre a la doctrina revolucionaria que ha armado a la clase obrera mundial y demostró en la práctica su fuerza, alentando, organizando y conduciendo hasta la victoria final a la primera revolución socialista triunfante en el mundo.

"¡Con el leninismo en la mente y en el corazón, venceremos!", cantaban los guerrilleros y los comunistas y patriotas búlgaros en los años de la lucha antifascista.

Con el leninismo en la mente y en el corazón, nosotros, los que participamos en esta Conferencia, construimos el socialismo y luchamos contra el capitalismo y el imperialismo, por la paz y la democracia, por el triunfo de nuestra grandiosa causa.

¡Lenin vive, Lenin está con nosotros! Si no fuera así, el movimiento comunista y obrero mundial no habría alcanzado tan grandes éxitos en la lucha contra el enemigo de clase.

¡Lenin vive, Lenin está con nosotros! Porque hemos crecido y nos hemos formado bajo el influjo del leninismo, porque enarbolando la bandera del leninismo el movimiento comunista internacional contemporáneo ha conseguido todas sus victorias y porque sólo bajo esta bandera puede seguir triunfando.

Los comunistas búlgaros no vemos otro modo más digno de conmemorar el centenario del nacimiento de Lenin que realizando una afortunada construcción de la sociedad socialista y luchando por la pureza del marxismo-leninismo; siendo fieles en la práctica a los principios del internacionalismo proletario; luchando con espíritu atacante e irreconciliable contra la ideología burguesa; trabajando para restablecer y afianzar la unidad político-ideológica del movimiento comunista internacional, la unidad de acción de todos sus destacamentos en la lucha por la completa victoria de nuestra gran causa comunista. Muchas gracias por vuestra atención.